

Crónicas del Sur (III)

# La Cultura en Acción

por Sebastián Salazar Bondy

Uno de los aspectos de la vida nacional argentina que más profundamente sufrió los efectos de la dictadura peronista fue, sin duda alguna, la cultura. El "justicialismo" no se conformó con avasallar el pensamiento político, copar la estructura sindical, apoderarse de muchas de las fuentes de riqueza y eliminar toda suerte de forma independiente de vida, sino que se interesó en emparar todas las expresiones culturales, desde la escuela hasta el teatro, con los tenaces signos de su absolutista ideología. Y así, la inteligencia tuvo que confinar su actividad, año tras año, a los reductos más privados. La obsecuencia en todo orden de creación tuvo como premio la obtención de los puestos directivos de las revistas, la regencia de las cátedras, la posesión de las salas de espectáculos, el usufructo de la industria cinematográfica, la conducción de los programas de radio y televisión, etc., de tal manera que en el curso de una escasa década los órganos de difusión quedaron convertidos en voces de un uniforme coro de mediocridad y adulación. El cine, por ejemplo, estuvo en manos de una camarilla que, al amparo de leyes proteccionistas, realizó suculentos negocios con la producción de cintas convencionales e intonsas que, a veces, no alcanzaban ni siquiera la proyección. Bastaba para realizar el peculado pedir a través de los poderosos una subvención o un crédito industrial, que nunca se llegaba a abonar.

El marasmo fue tan descumunal que la recuperación es lenta y hasta angustiosa. Y en ello la labor de los nuevos dirigentes, escogidos entre los ciudadanos que la dictadura postergó, es de carácter heroico. Así es aleccionadora la situación de las publicaciones de la empresa Haynes —adquirida primero a un precio caprichoso por Miranda y expropiada a éste, cuando cayó en el disfavor del autócrata, por Juan Duarte y sus oscuros compinches—, las cuales han pasado a manos de gentes de reconocido prestigio intelectual. "El Hogar" —con un suplemento cultural de buen gusto y ecléctica posición ante los debates estéticos— marcha ahora bajo la conducción del poeta Vicente Barbieri; "Mundo Argentino", que constituyera antes sólo un boletín informativo de las actividades oficiales, se ha transformado, con el comando del brillante ensayista y narrador Ernesto Sábato, en un magazine vivo, moderno y crítico, y "Mundo Infantil", revista a la que los peronistas convirtieron en instrumento de la deformación moral del niño, se renueva en poder de Fryda Shultz de Mantovani, escritora y pedagoga de vasta obra. Síntoma del cambio acontecido es la circunstancia de que, no obstante hallarse la empresa intervenida por el

gobierno revolucionario, ninguna de estas publicaciones rinde culto a los líderes de tal movimiento, y si, más bien, algunas de ellas están dedicadas a señalar duramente los defectos del presente estado de cosas.

El hecho de que las librerías estén abarrotadas de libros de autores nacionales y extranjeros —algunos de los cuales llevan la faja que advierte que su circulación estuvo prohibida por las autoridades depuestas— es testimonio de que renace, en la que fuera capital intelectual de nuestro continente, el antiguo afán de ilustración. Y aunque la industria gráfica, por razón de la inestabilidad producida por los acontecimientos políticos, fue víctima de algunos trastornos económicos, las prensas de las editoriales trabajan sin pausa en la impresión de volúmenes de la más diversa índole. Prospera, por cierto, la bibliografía política. En los puestos de periódicos, junto a los diarios, se ofrecen innumerables folletos cuyo texto se refiere a problemas del momento, sobre todo los que atañen a la solución Prebich de la situación cambiaria. Este debate en el libro contribuye a que la democracia se asiente y a que el ciudadano reconozca que entre el sistema desterrado y el de hoy hay una diferencia cuya esencia última es la libertad. Poder escribir lo que se piensa y poder leer lo que se escribe son los fundamentos de una cultura sólida en acción y, por ende, de una existencia civil responsable.

A los colegios y a las universidades han ido los maestros que la intolerancia arrojó de las direcciones y las cátedras, y han sido recibidos los jóvenes que, mientras duró la imposición, al margen de la enseñanza comprometida, supieron formarse con independencia y hondura. El estudiante ha vuelto a manifestar su opinión a través de las asociaciones que Perón persiguió y reemplazó por otras fraguadas bajo su poder, interesado en amordazar toda insurgencia juvenil. Gracias a ello es posible ver que dentro de la divergencia, pues afortunadamente no existe acuerdo paradisiaco alguno en cuanto a las soluciones que se proponen, los grupos estudiantiles están unificados en el fervor de hacer de los lugares de cultura e investigación crisoles de la verdad. Vuelven a ser las universidades centros de libre opinión y fuentes de saber, no organismos al servicio de una causa que nació con el agresivo grito de "Libros, no; alpargatas, sí", tras la cual Perón y los suyos, aprovechando de un explicable descontento popular, quisieron convertir la patria de Sarmiento, el educador, en una inconmensurable factoría de robots "justicialistas".